

Ángel Escobar y los otros náufragos

Efraín Rodríguez Santana

I

El poeta se llamaba Ángel Escobar y murió en 1997. Casi a punto de cumplir los cuarenta años decidió una tarde sentarse en la baranda del balcón de su apartamento, y se dejó caer. El abismo lo recibió, pero el abismo de Ángel tenía un horizonte de concreto y su cabeza pegó duro contra el piso, y por fin se produjo la tranquilidad, el reposo que con tanto desnudo había buscado por cientos de caminos. Con su poesía parecía llegar a algunos descansos benefactores, sus poemas servían para descargar furias y tormentos, y también para respirar. Bocanadas de aire y humo de cigarro que inhalaba mientras que su pierna derecha pateaba el césped imaginario de un campo de fútbol o la hierba revuelta de una pradera ignota. Unos minutos antes de morir habló con su hermana Luz Marina y la instó a que preparara ese arroz sabroso de Oriente, y ella se fue a la cocina sonriendo. Él se levantó del sillón donde descansaba y puso encima del piano un papel blanco mecanografiado. Allí estaba el último poema escrito un día antes, con destino a un amigo suyo, pintor picassiano, hombre de buena fe y gran sentido del trabajo. En ese poema intenta explicar las razones modernas de la continuidad de las imágenes, sean pictóricas o verbales: «cada uno tiene un modo de entenderse a sí mismo». Con ello surge el privilegio de los colores y las formas ya establecidas por el tiempo, aunque puede producirse también el naufragio, incomprendido y repudiado siempre por espectadores y lectores: «Un naufrago no está nunca tranquilo. / Vigila no una, ni dos, ni tres, sino todas las olas, / sus movimientos y vaivenes / él tiene sólo un tablón, / no sabe si va o viene: tampoco sabe dónde estará la costa / ni qué es lo mejor o peor. / Un naufrago es sólo eso, un naufrago es sólo eso, un naufrago.»

Ángel fue música y naufragio, y ambos acontecimientos se amoldaron en sus textos con crispación y desenvoltura, con gracia inusitada y apetencia por las rupturas. Allí

donde su verso es más incómodo se origina una melodía imperecedera. Su obra es copiosa y convulsiva y trata de voces acompañantes en la disparidad, voces de aliento y de arrebató, voces ancladas en el infierno de la familia y voces que vuelan por pinares y ríos de amor. Voces que detienen su recorrido con el último aliento de la madre muerta que lo viene a buscar. Y él decide irse, dejando tras de sí muchos signos por interpretar, mucha poesía que admirar. Y las puertas se abren y en aquel salón adonde llega está Raúl Hernández Novás lleno de silencio. Al fin podrán escribir un poema a cuatro manos. Antes Ángel le había dicho: «Tengo mi *cicatriz* y recuerdo a Novás».

Alcurnia, mestizaje, contaminación, son otras denominaciones que se ajustan a su obra que increpa y pregunta con idéntica vehemencia. Él se quiere saber escapado de su reducto más doloroso. Desea huir de la memoria del dolor y de la memoria de la persecución y de la memoria del miedo. Detesta la normalidad a la vez que la añora como si fuera un descubrimiento único que pudiera ser reinventado al filo del agua. Pero sabe que ciertas operaciones de la existencia le están vedadas y por ello escribe: «No puedo escapar del conocimiento. / Soy mi sola memoria, sin sorpresa. / El buscado esplendor: ni la extensión ni el Otro: / El otro era yo que me esperaba. Vuelvo a escribir: / *Dánae teje el tiempo dorado por el Nilo.*»

II

En una carta enviada a su amigo, el ensayista, traductor y profesor Alain Sicard, desde La Habana, el 4 de noviembre de 1995, se refiere a sí mismo y a esa circunstancia que va generándose como rémora y paranoia insalvable. Un decir de sí desprotegido:

Alain:

Un miedo atroz me sobrecoge: un no sé qué, algo que no sabe lo que me hará, pero que yo veo rondar mi cabeza y disparar mi cuerpo, angustia y trapos que me amortajan: sacudido, añicos, rastro de mí que dejo, y me molestan y atorajan. Escucho una canción y tal parece que tendré que pagar un precio, el costo de estar vivo, un poema, una frase me matan, y sigo así mirando la bruma. ¿Qué podré oponer a esta carrera de subterfugios? No sé ya qué querer. Es todo cual el desplante y la algarabía de los otros. Quiero ocultar mi rostro entre las manos que estén podridas. Nada aguanta la redoma, la enorme piedra que cae sobre mí a cada instante, y voy y voy, calle a calle exhibiendo mi invisibilidad deseada, y chocando con todo, desguarnecido, aterido de frío en pleno trópico, nadie está como para que mi risa, mi sonrisa caiga, o suba y acaricie el candor, la bonanza de una relación perdida. Me invento figuras, ángeles o proverbios, pero eso no me libra de mí. Todo lo imposible busco, choco con chocantes posibles. ¿Qué hay de más? ¿Qué hay de menos? Tengo que apostar mis nervios, mis sensaciones, mas caen en sacos rotos. Ya no es nada picarse las venas. O aclarar qué, si el sol y la luna te abandonan, el universo se muestra en su esplendor, pero hay de eso que te zafa de él. ¿Cómo ser? ¿Cómo no ser? Y no hay respuestas. Buscamos lo que ya no nos ronda, esa poesía de las relaciones

perdidas, nos acogemos a una costumbre y te abandonan, te quitan de ti, no dan, no toman: es poco, es nada el insecto kafkiano. Al menos Gregorio quería un vínculo, y brillaban sus extremidades; uno no tiene nada que oponer al agobio brutal y definitivo que te acerca, y huye y huye, sólo se encuentra a sí mismo, ya hasta el libre albedrío atortola.

Perdona la descarga, abrazos a todos de

Ángel

Durante varios años Ángel Escobar sostuvo con Alain una correspondencia sistemática, tal parece que su amigo francés sirviera de confidente, de receptor de aquello que no logra manifestar a otros, al menos en términos discursivos. Ángel es muy reservado para expresar sus citas, sus padecimientos, tiene pavor a mencionar expresamente aquello que lo tortura. Entonces escoge a alguien que está distante, que es ajeno al discurrir de sus días y le confía muchas cosas. Hay otras cartas tuyas que son verdaderos cantos de pertenencia a un país y a una raza, a una pobreza que lo ennoblece y lo comunica con lo mejor de su Isla.

III

Claro que con la poesía él va a las esencias, es capaz de describir esencias más allá de los acontecimientos. Fija una suerte de norma del vivir por medio de la palabra y de su morir en ella. Y se va anunciando, pero siempre por dentro, desmintiendo la inocente exterioridad, burlándose, regodeándose en la ironía que enfrenta todas las posibles costumbres del poder, una y mil razones del agotamiento de sus fuerzas que auguran finales inesperados, soluciones abruptas y crueles.

Al morir, su viuda Anita Jiménez me regaló el ordenador de Ángel. Cuando abrí un archivo que se titulaba «Fábula» hallé siete poemas inéditos, algunos de gran intensidad. Uno de ellos se titula:

OTRO

Si yo no fuera un cuchillo
podría conversar con alguien que anda por ahí.
Le diría que su horror es mi horror,
pero desde otro lado—
lo atroz no tiene nunca una sola cara.
O quizá todo sería silencio.
Mi balbuceo no alcanza a formar juicios.
Si ese, de quien me despido sin ver,
no fuera a su vez un cuchillo,
la conversación no sería ya la leche derramada,
o la doncella descuartizada, en su aposento.
Él viene de un mundo que a mí me está prohibido,
donde una moneda se iguala a la vigilia
y la pesadilla sólo engendra dos cuervos

que, paulatinamente, le han sacado los ojos,
por lo que ya no podrá verme, aunque quisiera.
A mí me taponearon los ojos con el miedo—
tampoco podría verlo aunque quisiera.
Yo vengo de un mundo que a él le está vedado,
donde el sueño es lo estéril que añora la cigarra,
y un atardecer casi lila dice que esta es la tiera
que nos dieron, donde sería bonito remontar
sin más un papalote, y arrimarle un ramito
de albahaca al próximo suicida.

IV

Veo a Ángel Escobar como mi hermano menor y como un padre de la poesía cubana. Sus grandes aportes se irán descubriendo y se intensificarán con el tiempo, cuando estemos mejor preparados para recibirlo en su justa dimensión. Él murió de la furia de su madre y de su padre muertos violentamente, de la pobreza atroz de sus hermanos en un arrenal de Santiago de Cuba, del bullicio de la esquizofrenia parlante en el sopor de las noches y los días. Durante toda su vida activa de escritor se arriesgó hasta el límite de la ausencia y la soledad, y al no compartir la bienaventuranza del oficio, se alejó de todos los demás en dirección desconocida. Pero ahí están sus poemas que lo reconocen y nos reconocen. Poemas que vuelven como una paz inconquistable a saber de nosotros.